namiento ni sofisma hallaré para probar que cumplo con llevarle al portal de mi casa, y que no estoy obligado á darle calor, alimento, lecho, y todo aquello, en fin, que esté en mi mano y pueda contribuir á su alivio.

Así, pues, la acción de dejar á un desvalido que sucumbe sin amparo parece una horrible locura; la de prestarle un socorro hipócrita é insuficiente, parece un crimen de lesa humanidad, porque no es tan culpable el que desconoce su deber, como el que le acepta y le pisa.

El Estado reconoce la obligación de amparar al desvalido; ¿cómo se atreverá á negarla en el siglo XIX? Luego el Estado reconoce también el deber de que este amparo sea tan completo como fuere necesario y posible. El hecho de establecer un hospital, lleva consigo el derecho que el enfermo tiene de hallar en él cuanto su estado reclame. El abandono cruel, pero franco, de dejarle en medio de la calle, sería mil veces preferible al abandono hipócrita de llevarle á un hospital en que no reciba los cuidados que necesita. Por la calle pasaría alguna criatura compasiva que se moviese á piedad; por el hospital mal organizado nadie pasa, ni allí tiene entrada la compasión.

Admitido el principio, que nadie se atreve á negar, de que el Estado tiene obligación de amparar al enfermo pobre y al desvalido, la lógica y el sentimiento sacan esta imprescindible consecuencia: *Es un deber de la sociedad procurar á los desvalidos la mayor suma de bien posible*

II.

La sociedad no comprende su alta misión, si cree llenarla con solo hacer bien material.

Si nuestros establecimientos de Beneficencia fueran lo que están muy lejos de ser; si tuviesen locales propios para el objeto, camas limpias y cómodas, esmerada asistencia, facultativos inteligentes, todavía no habrían cumplido sino una parte de su misión.

El niño abandonado por su madre á la puerta de la Inclusa ¿no necesita más que vestido y alimento? ¿No ha menester el alimento del alma, que se llama educación? ¿Es educarle acostumbrar sus manos á ciertos movimientos, enseñarle un oficio? ¿El enfermo, el anciano no deben recibir consuelos y lecciones al mismo tiempo que cuidados materiales?

Una de las grandes dificultades que se presentan para hablar con fruto al hombre del pueblo acerca de sus deberes, es la de hallar un momento oportuno. El día de labor ó tiene trabajo ó tiene hambre; el trabajo absorbe su atención; el hambre no escucha fácilmente sino palabras siniestras y consejos criminales. El día de fiesta, único de descanso y de recreo, tiene prisa para irse á jugar, á la taberna, á paseo, á divertirse de cualquier modo. Y día de fiesta ó de trabajo, tenga que hacer ó no, el hombre del pueblo por su educación y género de vida está materializado, tiene sobre su alma como una ruda corteza, á través de la cual penetra difícilmente la luz de las ideas. ¿Adónde iréis á buscar á este hombre para hablarle de religión y de virtud? Al hospital. ¿Al hospital como hoy existe? ¡Oh! no, no; mejor escuchará en el garito, en la orgía. Al hospital como debería ser, como será algún día con el auxilio de Dios.

Los establecimientos de Beneficencia, salvas algunas excepciones, debidas á individuales esfuerzos, no son muy á propósito para moralizar á los que amparan.

¡Y cuán útiles podían ser, si la caridad penetrase en ellos! ¡Cómo podrían elevar el alma al

propio tiempo que alivian el cuerpo! Las largas horas de la convalecencia, la proximidad de la muerte, la decrepitud cuando han callado las pasiones, la niñez cuando no han hablado todavía, son circunstancias bien favorables para enseñar al hombre la verdad y disponerle á la virtud.

Mirad como un sér sensible á esa cosa que yace en ese miserable lecho; sustituid un nombre á ese número con que le distinguís del que está antes y del que está después; pensad que tiene alma ese cuerpo que abandonáis indefenso á la indiferencia, al fanatismo y hasta al capricho científico, á la codicia, á la crueldad del interés y á la que engendra en los mercenarios vulgares el hábito de ver sufrir; no aglomeréis los desdichados, de modo que la imposibilidad de acudir bien á todos autorice al egoísmo para no auxiliar á ninguno; no tracéis alrededor del enfermo ese horrible vacío que le priva de todo consuelo privándole de su familia; no pongáis ese sacrílego *veto* entre el padre y el hijo, entre la esposa y el esposo; dadle todo lo que necesita, y nadie le llevará nada que le haga daño; abandonad esa horrible lógica, que consiste en motivar una crueldad con otra; que el ministro del

Señor visite al enfermo, le exhorte, le aliente cuando puede comprenderle, cuando el silencio de las pasiones, la tregua de los groseros apetitos y las lecciones del dolor, ese gran maestro del hombre, le disponen á escuchar con fruto las verdades de la religión. Que una mujer piadosa se duela de sus dolores, procure aliviarlos, sufra al verle sufrir, é imponga silencio y obligue siquiera á tener la mímica de la compasión al mercenario que el hábito de ver padecer hace completamente insensible. Entonces la enfermedad será un aviso de la Providencia que puede ser escuchado; el hospital una escuela donde la religión, el dolor y la caridad hacen comprender y sentir al pobre grandes verdades y le disponen para grandes virtudes.

¿No habéis notado cuánto obliga y conmueve al pobre ver que una persona superior á él *se baje* (se eleve debería decir) á enjugar el sudor de su frente, á restañar la sangre que corre de sus heridas, á prestarle el auxilio material más insignificante? ¿No habéis visto el mágico poder de una mano delicada que no rehusa tocar á la suya callosa, de una voz suave que, en un lenguaje que no está habituado á escuchar, le dirige palabras de consuelo? ¿No habéis visto cómo le

conmueve ver que una persona que más que él vale, que más que él puede, que para nada le necesita, ni nada espera de él, ni nada teme, abandone sus diversiones, sus comodidades, para ir á darle auxilio y consuelo en medio de una escena de dolor, arrostrando molestias, privaciones y tal vez la muerte?

De cien hombres, aunque los busquéis entre los malhechores, que hallándose enfermos sean el objeto de la incansable solicitud de las clases superiores, los noventa sienten allá en el fondo de su alma alguna cosa que no han sentido nunca, y que los predispone á ser mejores: aprovechad esa disposición; es como una ráfaga de luz, á cuyo resplandor podéis mostrar la verdad á una criatura sepultada en las tinieblas del error. Tratándose del pobre, endurecido por la miseria, depravado por el vicio, manchado por el crimen, lo difícil es hacerle sentir alguna cosa que no sea material; conmovedle, y está medio regenerado; la caridad le pone casi convertido en brazos de la religión.

El enfermo y el convaleciente se hallan bien dispuestos para escuchar al que les recuerda sus deberes. La enfermedad espiritualiza al hombre: el dolor le hace entrar en sí mismo: la proximi-

dad de la muerte le hace comprender la nada de la vida: el silencio le deja oir la voz de la conciencia: la soledad le hace grata cualquiera voz: el bien que recibe le ayuda á sentir el mal que ha hecho: la gratitud le prepara al arrepentimiento, á la enmienda. Son momentos preciosos para la regeneración del pobre los que pasa en el hospital, de donde debería salir mejorada su alma como su cuerpo. El médico receta drogas, practica operaciones con toda seguridad; ¿el moralista vacilará, guardará silencio? ¿La ciencia moral no posee más verdades y más evidentes que la Medicina, y la naturaleza espiritual del hombre no tiende al bien como su naturaleza física tiende á la salud?

¿Cómo, pues, no se acude á enseñar al pobre al lugar donde hay seguridad de que está bien dispuesto para aprender? ¿Cómo hay gobierno que crea llenar debidamente la alta misión que la sociedad le confía, apartando al enfermo de la vista del público para entregarle á la indiferencia ignorante y descreída, que le prestará cuando más un auxilio material? ¿Cómo se defenderá del cargo de haber prescindido de que tiene alma esa criatura cuyo cuerpo cura, alimenta y viste? ¿Es más triste el espectáculo de un hombre cuyo

cuerpo se extenúa por falta de pan, que el de aquel cuyas facultades más nobles se extinguen por falta de auxilio? ¿Qué es más grande y más bello, arrancar á un hombre á la muerte, ó arrancarle al vicio y al crimen? ¿Proporcionar á la sociedad malvados robustos es el alto objeto que se proponen los gobiernos al prescindir de la moralidad del hombre que auxilian materialmente? Ciertamente no es este su objeto, sino que el Estado, como el individuo, viene á parar insensiblemente á la práctica del mal, cuya teoría les causaría horror; y por ignorancia, por abandono, por hábito, el mal viene á crear una atmósfera que no se siente, porque, como el aire, ejerce su presión igual por todas partes. Los espectadores y hasta los actores del terrible drama de la miseria moral y física de la humanidad tienen durante mucho tiempo el espectáculo por tan natural é inevitable, como las erupciones de un volcán y los estragos del rayo.

El dolor viene de Dios como una lección y como una prueba; pero el dolor sin resignación y sin consuelo, sin utilidad para la perfección moral del que le sufre y del que le alivia, es obra de la perversidad humana. Un mal sin mezcla alguna de bien no viene nunca de Dios; afir-

mar lo contrario es una necedad ó una blasfemia; y todo lo que no viene de Dios, es decir, que no está en la naturaleza de las cosas, puede variarse y se varía. Cada día parece más absurdo y es más débil ese fatalismo egoísta que proclama como inevitables los dolores, para no tomarse el trabajo de evitarlos.

El equilibrio del mal no es estable, y se rompe, al fin: en cuanto se desploma uno de sus elementos, todos vacilan. El siglo XIX asiste á esta conmoción, á este estremecimiento que hace palpitar de gozo todos los nobles corazones. Las sociedades hacen el largo y doloroso inventario de sus dolores, los analizan, los miden, los clasifican, y si para todos no hallan remedio, á ninguno niegan consuelo. Unos consideran el dolor como eterno, otros como transitorio, aquéllos como obra de Dios, éstos como obra del hombre; pero nadie le mira ya impasible. A cada quejido de la sociedad se alzan innumerables voces, que lloran, rezan ó blasfeman, pero *sienten;* se alzan infinitos brazos para buscar remedio, ó para buscar venganza. La indiferencia y el abatimiento no crean al dolor ese parapeto artificial, pero impenetrable, que le hacía dueño absoluto de sus víctimas. Al error de aceptar el mal sin remedio

sigue el de querer el bien sin mezcla de mal alguno. ¿Cómo evitar la ley de las reacciones? Pero á través de ellas la humanidad comprende cada día mejor la naturaleza de sus dolores, y la esperanza no es ya solamente una virtud cristiana, sino una verdad filosófica.

Cuando avanza con lentitud, pero con firmeza, la teoría del bien, ¿podrá no conmoverse en su movedizo fundamento la práctica del mal? No, ciertamente, y la sociedad no sostendrá en principio muchas cosas que de hecho protege, consiente y tolera. ¿Pero qué es un hecho que no se ampara ya del derecho para defenderse? Es como una fortaleza cuyos fuegos se han apagado.

El lamentable abandono en que se deja la moralidad de los acogidos en la mayor parte de las casas de Beneficencia, es un hecho que en principio nadie se atrevería á sostener. Combatamos, pues, ese hecho, combatámosle por todos los medios, sin tregua, sin descanso.

El desvalido tiene derecho á que la sociedad le auxilie en *todas* sus necesidades, hasta donde le sea *posible.*

Las necesidades del pobre son todavía más espirituales que corporales.

La sociedad *puede* socorrer unas y otras.

Luego la sociedad *debe* dar al pobre los auxilios que el estado de su alma reclama, y sin los cuales son bien poca cosa los que se prestan á su cuerpo. Al que mira sólo la corteza de las cosas, lo que le llama la atención en el miserable es lo andrajoso de su vestido, lo demacrado de su rostro, lo insaciable de su apetito. El que penetra más adentro, ve lo limitado de sus ideas, lo grosero de sus inclinaciones, lo depravado de sus instintos. Vestidle, dadle de comer; está bien, es lo más urgente y lo más fácil, pero no lo que más importa. Pronto estaría en estado de vestirse y alimentarse á sí y á su familia sin recurrir á la caridad pública, si pudierais introducir ideas en su cabeza como alimentos en su estómago; si pudierais cambiar los hábitos egoístas y depravados con que la miseria ha cubierto su alma; si pudierais, en fin, socorrer la *indigencia del espíritu*. Esta indigencia fatal, á la vez efecto y causa de la otra, arroja al vicio más víctimas y al verdugo más cabezas que la miseria y el hambre.

¿Y la sociedad podrá prescindir de esta indigencia, y el Estado que la representa negarle amparo? Para responder afirmativamente sería necesario que hubiese perdido la idea de sus

deberes y hasta el instinto de su conservación.

En efecto, el individuo, si prescinde del deber, puede hallar razones para ser injusto; la sociedad, aunque ovide el deber, no puede ser injusta si no olvida también su conveniencia. ¿Esa multitud que puebla alternativamente las tabernas, los hospitales y las cárceles, no le dirige terribles golpes? ¿Esa otra que vaga del asilo de Beneficencia al paseo público, de la puerta del caritativo á la de la iglesia, no le hace daño alguno? ¿No tiene más que hacer que arrojar á los unos un pedazo de pan para que no mueran, sujetar á los otros con un pedazo de hierro para que no maten? Á la vista de tanta miseria material y moral, la sociedad, consultando su conveniencia, ¿no halla cosa más útil que presentarse con algunos alimentos, una llave y una vara metálica? Son los medios que emplea un domador de fieras.

La sociedad paga bien caro el abandono en que deja á sus hijos, como todos los padres que no educan á los suyos.

La índole de nuestro trabajo no consiente que nos extendamos en consideraciones acerca de la educación pública, de que los establecimientos de Beneficencia deberían formar una parte muy esencial; pero no podemos menos de insistir en

que se auxilie moralmente á todos los que reciben auxilio material, y que se mire la *indigencia del espíritu* como más terrible y digna de compasión que la del cuerpo. Al decir esto, no decimos una cosa nueva ni extraordinaria; trátase nada más que de practicar las obras de misericordia en uno de los casos *en que se deben de justicia:* ellas nos mandan no sólo *dar de comer al hambriento y vestir al desnudo*, sino *enseñar al que no sabe y dar buen consejo al que lo haya menester.*

III.

El Estado, aislándose de la caridad individual, no puede auxiliar debidamente el cuerpo del menesteroso ni su alma.

Salvas algunas excepciones, debidas á individuales esfuerzos, el estado de nuestros establecimientos de Beneficencia deja mucho que desear. Ni el local, ni las camas, ni la alimentación, ni el vestido son lo que ser debieran.

Los locales, obra del acaso las más veces ó de la ignorancia, no suelen tener ninguna de las condiciones que la higiene prescribe, sobre todo

cuando se trata de la fatal aglomeración de personas que en ellos se verifica.

Las camas no suelen tener ni la limpieza ni la comodidad y extensión que debieran: tampoco suelen estar aisladas entre sí; de modo que el enfermo presencia escenas de agonía y de muerte que deben agravar su estado.

El alimento, en la mayor parte de los casos, ni es de buena calidad, ni está preparado con el debido esmero; tanto, que á veces se resiste al hambre más voraz. Á lo primero contribuye mucho el fatal sistema de abastecer los establecimientos benéficos por medio de contratas, cuyas condiciones no suelen cumplirse con exactitud; lo segundo es consecuencia de la falta de vigilancia y de que son muchos los establecimientos que no están asistidos por las Hijas de la caridad.

Si el enfermo entra en convalecencia, su suerte es poco menos triste que cuando estaba en la cama. La falta de locales separados para los convalecientes es uno de los grandes males que hay que deplorar. Á ella se deben esas convalecencias, larga y penosa prolongación de la enfermedad, las recaídas y el lastimoso estado en que dejan el hospital los pobres que no tienen